

IV Domingo de Pascua, Ciclo A.

¡QUE TIEMPOS AQUELLOS!

Padre Pedro José Ynaraja

Empieza Jesús, mis queridos jóvenes lectores, refiriéndose al comportamiento del pastor con sus ovejas. Ninguno de los que escuchaban al Señor, seguramente, tenían rebaños. Serían agricultores o alguno que otro pescador o artesano. Ahora bien sus ancestros eran beduinos y de esto se sentían orgullosos y el oficio no les era desconocido. Desde Abraham, su padre étnico y nuestro padre en la Fe, hasta no hace muchos años, este ejercicio, el pastoreo, seguía los mismos criterios y costumbres. Vivían en descampado, dormían en cabañas o, con frecuencia, al atardecer, se acercaban al pueblo cercano donde vivía el propietario y encerraban en corrales a las ovejas y sus corderos. En mi niñez lo pude ver en casa de un tío mío, en la Castilla más genuina. Me admiraba verlos llegar al atardecer, se acercaban a la casa que tenía la puerta abierta y, unos detrás de otros, iban entrando. Los de mi tío, no los de los demás lugareños. Se sabían la casa, conocían a los pastores y zagales y se dejaban coger y hasta que les fuera separada por un momento su cría, para que yo la viera. Para mí todas eran iguales, para el pastor no. Sabía cuántos días tenía cada lechal y estos se dejaban tocar por mí, chiquillo inexperto. Sentían confianza y sabían que serían protegidos y hasta alimentados y saciada su sed, si durante el día les había faltado.

Os he contado esto para que comprendáis que a mí no me cuesta entender las metáforas que el Maestro utiliza en el evangelio de la misa de hoy. Pero, desde hace años, vengo observando que muchos rebaños pasan mucho tiempo estabulados, los pastores distraen sus horas solitarias, escuchando con su transistor a lo mejor, el partido de su equipo favorito. Su alimentación es a base de alimentos tal vez enlatados o conservados en un congelador. Nada de migas fritas en sebo, como en otros tiempos. Si vosotros no lo entendéis, no os preocupéis, tampoco los primeros oyentes le entendieron, ellos por otros motivos. Os confío el dicho popular, no hay peor sordo, que el que no quiere oír. Este era su caso, ojala que no sea el vuestro.

Habla Jesús de que muchos han venido antes que Él y les han engañado. Se refería a los disfrazados de mesías, a los agoreros de luchas y libertades políticas, que resultaban a la postre ser falsas. Hoy tal vez nos recordaría campañas comerciales de propaganda de productos que no eran lo buenos que anunciaban, o de pseudomedicamentos que prometían mucho y se comprobó más tarde que nada curaban. A políticos que enardecían a masas y resultaron carentes de eficacia, sin que ellos lo pasaran mal, pero el pueblo si que resultaba ser su víctima. O hasta a predicadores que proclamaban y proclaman todavía, doctrinas que dicen nunca se han anunciado, hasta que ellos las han descubierto y nos las anuncian y después uno sabe que su vida no está acorde con lo que vociferan.

Leyendo historias ejemplares, no es extraño enterarse que desde pequeños algunos fueron piadosos, es decir, confiaron al Señor sus dudas y dificultades, que tal vez empezaron a comulgar de muy pequeños, sin los correspondientes cursos de catequesis que se impartían y que algunos capitostes clericales exigían. Amaban mucho a su Jesusito y basta. Fueron creciendo y creció también su fervor y, en llegando a la edad adulta, no se alejaron de la Iglesia. No hay que extrañarse. El Maestro es parvulista con los bebés, maestro con los chicos, tutor con los que aspiran sinceramente a la santidad adulta. Sus enseñanzas no engañan.

Es difícil de entenderle a veces, otras parece que se esconde y nos abandona, pero nunca nos deja solos.

Al final del breve fragmento del evangelio de la misa de hoy, el Señor dice: yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.

Quisiera que lo meditaseis desde dos extremos. En primer lugar como dicho para cada uno de nosotros. No se trata de sentirse esclavo de unos mandatos y prohibiciones, sino de vivir en plenitud y serenidad sus enseñanzas. Seguramente que el ambiente actual os inclinará a sentiros decepcionados, abatidos, sin apetencias, sin ilusiones. No os dejéis engañar, ni busquéis sucedáneos. Quieren algunos, al constatar que no son capaces de conseguir satisfacción, fabricarse mediante el ensueño del alcohol o de la droga, un sustituto que les alegra de momento pero que les va, poco a poco, derivando hacia la anulación total de su personalidad. La Fe aceptada, conduce al Amor, al Amor que se recibe y al que se responde amándolo, sin que traicione nunca el Amigo.

Si la primera experiencia de traición de los compañeros, de la ruina de proyectos soñados, o de caer víctimas de las crisis económicas, empieza cuando se inicia ya el descubrimiento de la libertad, continuará siempre, con más o menos intensidad. Jesús mismo saboreó la tentación en el desierto, al iniciar su vida apostólica y cuando estaba a punto de finalizarla, en Getsemaní, todavía la dificultad fue mayor.

Lo maravilloso de nuestra Fe, es que no la depositamos en un libro o en unas teorías, la referencia de nuestras creencias, la ponemos en una Persona que nunca engaña, ni engañó, que nunca falla, ni falló.

Y respecto a vuestros amigos o amigas que observáis que se han alejado, o nunca estuvieron en la órbita de Dios, poned mucha atención, observad si viven con plenitud su vida. Acercaos a ellos y ofrecedles vuestra Fe. Advertidles que no pretendéis captarlos para vuestro grupo o grupito. Que vuestra intención no es proselitista. Decidles y aseguradles, que lo que queréis es ofrecerles gratuitamente, felicidad.

Os pongo un ejemplo para que me entendáis y acabo con ello. Hace unos años, resultó que una cabina telefónica de aquí cerca, estaba averiada de tal manera que, con solo introducir una moneda metálica, se ponía en funcionamiento la

comunicación que no se acababa hasta que uno lo quisiera y colgara el terminal. Los emigrantes de la población no se lo callaron, avisaron a todos sus paisanos, que cada domingo formaban largas colas para telefonar de tal suerte a sus familias, residentes en América o África. A nadie extrañaba que lo hicieran. Y lo agradecían a lo que les habían avisado de aquella ganga.

Nuestra Fe vale mucho más que una conexión telefónica. El Maestro ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia y lo mismo también para nuestros contemporáneos, vecinos nuestros o de otros continentes a los que, a lo mejor, el Señor se le ocurre que nosotros podemos colaborar en el éxito de sus deseos, los de Dios.